

LA CAUTIVIDAD EN LA FRONTERA GRANADINA (1275-1285). ESTAMPAS JIENNENSES

Por Juan Torres Fontes

«**E**STAMPAS Jiennenses» es la conjunción de veinte relatos en los que individualmente se exponen las aventuras y desventuras de otros tantos moradores del reino de Jaén en el siglo XIII y más concretamente en el período 1275-1285, esto, es, en el transcurso de los diez años en los que los mariníes permanecieron en territorio andaluz. Única fuente informativa para su redacción son los «Miraculos romançados como saco Santo Domingo los cativos de la cautividad», redactados por Pedro Marín, monje de Silos, cuya narración se extiende desde 1232 a 1293, si bien fundamentalmente se recogen los relatos de quienes fueron apresados en la década en que los mariníes hicieron valer el poder de su número y que individualmente pudieron escapar de su cautiverio.

Veinte relatos con final venturoso de quienes así pudieron relatarlo, bien distinto del número mucho mayor de los que lo acompañaban cuando fueron apresados, cuya muerte o infortunio quedaría en el olvido. Porque estos veinte giennenses de Úbeda, Baeza, Jaén, Martos, Quesada, Segura y Linares pudieron contar sus desdichas, prisiones, castigos y toda clase de privaciones tiempo adelante, cuando libres acudieron a Silos a expresar su agradecimiento a Santo Domingo, a quien atribuían su liberación.

Cautiverio de veinte giennenses, efectuados diecinueve de ellos en hechos aislados, en algunos de los que con excesiva frecuencia se sucedían a lo largo de la línea fronteriza y que tuvieron lugar en años controvertidos, porque los aliados de ayer se hallaban enfrentados al día siguiente. Suma de hechos de distinta faz que proporcionan perspectivas precisas de lo que fue

la vida giennense en las proximidades de la frontera y su repercusión tierras adentro durante diez años (1).

Causas diversas y dualidad de actividades ocasionarían en esta terrible década millares de muertos y cautivos. Unos, profesionales en la permanente contienda bélica mantenida en la frontera inestable, de contradictorias alianzas y confrontaciones de distinto alcance durante diez años; otros, en el tránsito comercial, de abastecimiento o los que en la cotidiana labor fueron sorprendidos en el campo, huertas, viñedos o en el camino. De todos ellos pocos fueron los que pudieron sobrevivir, redimirse o escapar de sus prisiones y de éstos, los menos, contarían tiempo adelante su historia personal y cuanto le supuso sus años de esclavitud.

En ocasión anterior (2) hice constar lo que debió sumar esta sangría permanente y el número sin límite de andaluces y murcianos que llegaron a perder la vida en la lucha y en el cautiverio. Cuenta acrecentada al incluir a todos aquellos que lograron redimirse por canje o pago; de los que pudieron escapar y nada dijeron; o los que su liberación consideraron hecho milagroso por intercesión de diversos santos e incluso los que lo atribuyeron a Santo Domingo y no fueron a Silos. Sin olvidar la acción benéfica de otras Órdenes, pues sabido es que en Úbeda tuvieron su asiento los mercedario en 1234 y los trinitarios en 1250, en su sacrificada labor de redención de cautivos. Y en esta cuenta sin número entrarían también los que acabaron aceptando su infortunio —especialmente mujeres— y oportunamente cambiaron de religión y permanecieron hasta su muerte en territorio granadino.

En estas «Estampas» prescindimos de incluir datos muy valiosos por haber sido estudiados con carácter general o en aspectos concretos con eficiencia y amplitud (3), modo de aligerar el contenido de esta aportación.

(1) Aunque son varios los relatos que quedan de los que, entre los millares de apresados en las cruentas batallas —Écija, Martos, Moclín— que en estos años tuvieron lugar en el valle del Guadalquivir, sólo el de Ruy Pérez, cautivo en Moclín, tiene cabida en estas «Estampas».

(2) TORRES FONTES: «La cautividad en la frontera gaditana (1275-1285)», en *Cádiz en el siglo XIII*. Cádiz, 1983, págs. 75-82.

(3) COSSÍO, J. M.: «Cautivos moros en el siglo XIII», *Al-Andalus*, VII, 1942, págs. 49-93. Un resumen preciso de todo el contenido de los «Miraculos», brillantemente expuesto. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M.: «Esclavos andaluces en el reino de Granada», *Actas del III Coloquio de H.^o Medieval andaluza. La sociedad medieval andaluza. Grupos no privilegiados*. Jaén, 1984, págs. 327-338. MARTÍNEZ CARRILLO, M.^a de los Llanos: «Historicidad de los "Miraculos romançados" de Pedro Marín (1232-1293): El territorio y la esclavitud granadinas», *Anuario de Estudios Medievales*, 21, Barcelona, 1991, págs. 69-96.

Son los que refieren a vegetación y agricultura de las tierras en donde permanecieron cautivos y sobre todo las que recorrieron en sus escapatorias; la diversidad de trabajos a que fueron obligados; exigencias para su redención con singulares artículos y cuantiosas sumas; precios de venta y reventa en almonedas o directamente entre propietarios granadinos y su deficiente alimentación, o lo que fue su vida en prisión. Aquí sólo queremos resumir con datos precisos el forzado protagonismo de veinte personas, quienes contra su voluntad, privados de libertad, subsistieron en difíciles condiciones y pudieron permanecer en sus prisiones hasta que lograron evadirse.

LOS MIRACULOS

En el contexto de los «Miraculos romançados», se advierte y valora una doble vertiente. Una, los hechos históricos y otra correspondiente a las acciones sobrenaturales que facilitaban la libertad de los cautivos. Veracidad de los hechos históricos, concordancia de fechas en el tiempo que tuvieron lugar, salvo algún error de Pedro Marín al incluir el día de la semana, no siempre acertada. Semejante verosimilitud tienen los nombres de los adalides y almocadenes granadinos opresores, algunos repetidos muchas veces por su actividad en la frontera giennense, como el arráez Abulhasán y su hijo Brahem operando desde Guadix a Almería como los más destacados en la captura de giennenses y el número de los componentes de sus huestes; correspondencia de las acciones en que participaron y en que fueron aprehendidos; lugar en donde fueron capturados y en los que permanecieron en cautiverio, así como los largos itinerarios y cambios de dueños; aceptable la distancia calculada en el recorrido de sus trayectos de huida y en el tiempo en que lo hicieron; exactitud en la localización de los topónimos fronterizos a donde llegaron en sus escapadas y de los alcaides, señores o comendadores que los recibieron y acogieron. Todo bien diferenciado en los relatos de cuanto concierne a la parte milagrosa de la liberación.

Otra cosa son los hechos sobrenaturales redactados a gusto de Pedro Marín, con repetición de sus fases en la supuesta narración de los cautivos: invocación a la Virgen y a S. Domingo pidiendo su ayuda; gran claridad a media noche en la prisión, sólo visible para el elegido; voces repetidas con identificación final de S. Domingo anunciando, alentando y asegurando al cautivo su libertad inmediata; caída o rotura de cepos, cadenas, armellas y cuerdas, aunque no siempre la de los pies, que si dificultaban no impedían la huida, con recordatorio de llevarlas a Silos; encuentro con toda clase de moros, que no los divisaban, llegada a tierra de cristianos y finalmente al

monasterio de Silos, donde contarían su cautiverio y entregarían sus cadenas como exvotos.

Esta participación milagrosa de S. Domingo no fue sólo resultado de una devoción propagada desde Silos, sino que responde también a la presencia de monjes y personas afectas al Monasterio en tierras fronterizas en indudable y sana competencia con otras órdenes. Dos de los relatos de los «Miraculos» así lo muestran. En el último de ellos, el caballero giennense Ruy Pérez declaraba en Silos haber sido testigo de la acción milagrosa por la que un perro de gran tamaño evitó el robo por mariníes de doscientas sesenta ovejas propiedad del monasterio de Silos, aunque se llevaran un número mucho mayor.

Y en esta línea de bienes del Monasterio en tierras fronterizas, de extensión-intervención de los monjes silenses, se expresa igualmente en las andanzas un tanto novelescas de Juan Sánchez, escribano afecto al Monasterio, quien se trasladó y estuvo algún tiempo en Molina Seca (Murcia) y volvería a Silos cuando cambió de abad, del cual Juan Sánchez obtuvo carta para el reino de Murcia por la que le autorizaba recaudar bienes para el Monasterio de lo que se obtuviera en las cabalgadas. Sería después apresado y merced a un doble milagro pudo regresar a Lorca y allí pedir al concejo donación del lugar de los «Santos»; petición que completaría con carta posterior de Alfonso X, estando en Silos, para su concesión. Y acaba el relato con la presencia en Lorca de don Juan Domínguez, prior de Silos y un monje para hacerse cargo de la donación.

LA FRONTERA GIENNENSE-GRANADINA

La conquista de Jaén tras dura resistencia y consiguiente tratado de 1246 por el que Castilla reconocía la soberanía de Al-Ahmar en Granada, originaría la creación de una frontera estable entre ambos reinos, ya que en el orden geográfico no sufriría por tiempo cambios de importancia, mas aún por cuanto las apetencias castellanas en la décadas siguientes se encaminarían a la conquista del bajo Guadalquivir, con Sevilla en primer plano.

Sabría Al-Ahmar aprovechar estas circunstancias y sin enfrentamiento con Castilla pudo ir ocupando gran número de castillos en el disperso mundo andaluz que le permitieron completar, en el conjunto montañoso del reino, su configuración y adecuada defensa. Después, frente a la política innovadora de Alfonso X, desde 1260 incrementó su ejército con mercenarios africanos, a los que también se incorporarían «voluntarios de la fe» solicitados de los mariníes, con lo que pudo instar una operación de gran altura:

rebelión de los mudéjares andaluces y murcianos en un mismo día e intento de apoderarse de la persona de Alfonso X. Su fracaso le obligaría a la firma del pacto de Alcalá de Benzaide, con entrega de gran número de castillos, reconocimiento de su vasallaje a Castilla y pago de parias, pero también supuso la consolidación oficial de su reino.

Una tercera fase tendría comienzo en 1275, cuando su hijo Muhammad II, siguiendo la política paterna frente a las pretensiones castellanas, solicitó la ayuda de los mariníes, quienes desembarcaban en Tarifa en mayo de 1275. La crónica alfonsí y especialmente el *Rawd al-Qitar* de Ibn Alí Zar, así como diversidad de estudios actuales, permiten conocer detalladamente el resultado de las cuatro expediciones de los mariníes en el transcurso de los años 1275-1285. Si no llegaron a rebasar el valle del Guadalquivir y no conquistaron más castillo importante que el de Huelma, su caballería e infantería no sólo triunfaron sobre las huestes de Nuño González de Lara, adelantado de la Frontera ante Écija, posteriormente en Martos con la captura y posterior asesinato del infante don Sancho, arzobispo de Toledo e hijo de Jaime I y finalmente en 1281 con la derrota y muerte en Moclín de Gonzalo Ruiz Girón, maestro de Santiago y gran número de caballeros santiaguistas, sino que en ellas ocasionaron millares de muertos y apresaron gran número de hombre, mujeres y niños y aun mayor número de ganado vacuno y lanar, con cifras realmente sorprendentes, aunque la exageración de las crónicas obliga a reducir prudentemente tales cifras (4).

Las tierras giennenses, especialmente las de Úbeda, Martos y Baeza, sufrirían desoladoras «razzias», que arrasaron cuanto encontraron a su paso, con destrucción de aldeas, pequeños castillos y robo de hombres y ganado. Una muestra indirecta de estas pérdidas de ganado nos la ofrece el último de los «Miraculos» de que hemos hecho mención, cuando la población de Úbeda, caballeros, clérigos, hombres y mujeres, desde lo alto de las murallas pudieron presenciar impotentes cómo las fuerzas mariníes se llevaban más de cien mil ovejas.

Después, diez años de lucha y confusión a causa de la contradictoria política de Muhammad II en defensa de la integridad de su reino. Aliado primero con los mariníes, luego con los castellanos y después con unos y otros en ventajosas alternativas hábilmente mantenidas para conseguir su objetivo: deshacerse de los Aqilulas, afectos a los mariníes, recuperar las

(4) Nos remitimos a nuestro trabajo «La cautividad en la frontera gaditana», donde sintetizamos esta cuestión.

regiones en que se habían mantenido independientes del trono granadino desde veinte años atrás y alejar a los africanos, aunque retuvieran Algeciras y Tarifa. Lo que tuvo plena efectividad cuando Abu Yaqub firmaba paz en 1286 con Sancho IV y devolvía Ronda y Guadix a Granada. Confusión igualmente por parte castellana en las distensiones Alfonso X y su hijo Sancho desde la muerte de don Fernando de la Cerda, de una nobleza rebelde y enfrentamiento directo del monarca castellano y su hijo, que favorecería de igual forma la política de Muhammad II.

Una década de incertidumbre y una línea fronteriza Granada-Jaén sin más delimitación que los castillos y ciudades más avanzada de cada frente, que en semejantes condiciones se mantenía por el lado contrario. Aparte las incursiones mariníes. No había defensa posible de los campos, ni hueste de seguridad por la conjunción de fuerzas de poblaciones cercanas; cada una se responsabilizaba de la seguridad de sus murallas, porque ante la superioridad numérica de africanos y granadinos, todo se reduciría a contragolpes e incursiones en doble dirección. Los ejércitos reclutados por Alfonso X y después por Sancho IV tenían objetivos de mayor trascendencia y siempre en dirección al bajo Guadalquivir.

Vida dura en la frontera, tanto en las poblaciones de realengo, como la de Órdenes Militares o de señorío (Jódar, Cazorla). Baeza y Úbeda, pobladas al fuero de Cuenca, eran los bastiones sobre los que se centraba la defensa del sector, que por las condiciones montañosas del territorio se completaba con las comarcas más orientales de Cazorla y Quesada, que también gozaba del fuero de Cuenca como dependiente de Úbeda. De igual forma se establecía cierta diferenciación por cuanto Baeza, Úbeda y Andújar serían repobladas sólo por caballeros, en las que se concentraba el esfuerzo giennense de la frontera, lo que no significa que Jaén, Martos y otras menores dejaran de participar en la defensa o sufrieran las consecuencias de la «guerra chica», porque todos los habitantes del reino desconocieron por tiempo la quietud, seguridad y cuanto hubiera supuesto una paz firme.

Años difíciles para quienes se mantenían en tierras fronterizas, ya que sólo unos pocos y los más mujeres, prestaban su esfuerzo en el cultivo de campos y viñedos, porque la amenaza no cesaba y las penetraciones de granadinos y mariníes por todo el reino obligaba a una permanente alerta; de aquí que otros, los más jóvenes y decididos, buscaran mejorar su economía mediante cabalgadas e incursiones bajo dirección de almocadenes, en que se conjuntaban grupos de vecinos, para marchar a la frontera a «buscar algo». Al mismo tiempo que el botín, estos belicosos giennenses que se adentraban

en territorio granadino en acciones siempre peligrosas, en su ánimo se unía también el propósito de vengar afrentas, muertes y cautiverios y de poder capturar musulmanes que pudieran servir para canjear por convecinos o familiares.

Los caminos más propicios para estas incursiones desde ambos reinos eran los pasos naturales al E. y O. de Sierra Mágina, por los que discurría el Guadalbullón, con Pegalajar a su derecha, y el Jandulilla que facilitaba la comunicación con Baeza y Úbeda, más Jódar y Alcaudete ante ellas. Pero las ventajas no eran giennenses, porque en la acción bélica en esta clase de lucha, si el conocimiento del territorio era factor esencial, la fuerza y el número se imponían en largos años de lucha. Además, les faltaba el respaldo de fuerzas reales o señoriales poderosas que hubieran establecido superioridad armada que redujera la frecuencia y el número de las huestes granadinas dedicadas preferentemente a esta clase de lucha. De los encuentros que se mencionan en estas «Estampas», el número de los componentes de las huestes giennenses siempre fue menor que el de sus contrarios, por lo que las derrotas fueron inevitables, si bien en este aspecto conviene tener en cuenta que todos estos relatos se narran por quienes fueron derrotados y esclavizados.

Fue así Benito de Jaén, con sus cuarenta hombres y su enfrentamiento con cuarenta jinetes y cuatrocientos peones; tal como le sucedió a Fernán Ibáñez de Martos, almocadén de Jaén, con treinta y siete hombres, de los cuales veintisiete fueron muertos, cinco cautivados y otros cinco que pudieron huir; o el caso de un almocadén de Baeza con seis hombres frente a los cuarenta que mandaba su rival Ochalviello.

Derrotas, muertes, prisiones y desequilibrio numérico no frenaron la continuidad de estas penetraciones y encuentros, así como la voluntariedad giennense en participar en la lucha. Un caso singular fue el de Sancho García de Jaén. Cautivado, pudo escapar de su prisión y regresar a su casa. Pronto volvió a enrolarse en otra cabalgada y esta vez con mejor fortuna, pues pudo capturar al hijo de quien le había tenido esclavizado y maltratado, al que correspondió de forma semejante antes de venderlo.

EVENTO DE SIETE GIENNENSES

Jaén, capital de su reino, con mayor densidad demográfica que Úbeda y Baeza, sería también la que sufrió mayor número de muertos y cautivos en acciones propias fronterizas. Unas veces en guerra y otras en penetraciones

encaminadas a la caza del «hombre», tanto para obtener medios con que canjear alguno de los muchos giennenses cautivados en tierras granadinas, como los que a las órdenes de almocadenes buscaban obtener beneficios propios.

Grupos o compañías a veces numerosas, como la que integraba Benito de Jaén y cuarenta compañeros, que tuvieron un mal encuentro con Abulhasán, el arráz de Andárax, el enemigo más peligroso a todo lo largo de la frontera giennense. Porque a los cuarenta cristianos opuso cuarenta jinetes y cuatrocientos hombres a pie. La consecuencia fue la muerte de treinta y uno de ellos y el cautiverio de los nueve restantes, llevados a Granada, donde fueron encarcelados con los que allí estaban y a los que se agregaron otros llevados después. Como fue Domingo Pérez de Sigüenza, capturado con nueve compañeros por Talha y sus cien jinetes. Domingo fue vendido al arráz Albuhasán por dos doblas y media; llevado a Granada se le exigía que se redimiese por treinta doblas, seis cintas de Alcobaça y dos cuchillos de Pamplona. Así seis años de cuita y en donde conoció a Benito de Jaén; juntos con otros trece pudieron emprender la huida y llegar a Alcaudete, donde fueron atendidos por Ruy Sánchez, comendador de la Orden de Calatrava, que se hallaba al frente de la fortaleza.

Más singular sería la cautividad y salida de Juan Pérez de Jaén, Pedro de Quesada, Juan Domínguez de Córdoba y Martín Domínguez de Santaella, en su cabalgada por la vega granadina en 1280. Fueron asaltados por fuerzas superiores y de todos los componentes sólo estos cinco sobrevivieron y entraron en cautividad. En su narración, cuando años después llegaba a Silos y explicaba su liberación, Juan Pérez comentaba que sólo cuatro de ellos, tras gran claridad y la voz de Santo Domingo, se vieron libres de sus cadenas, pero el quinto, Martín Domínguez, continuó aherrojado. La versión de sus compañeros o la invención de Pedro Marín, fue que imploró al santo pidiéndole seguir la suerte de sus compañeros. La negativa: «Tu sabes que los tus moros et los omes que tu avies labraban todavía et el domingo et los dias de las fiestas les facias facer avarcas et adovar aradros et ir al molino et facer otras labores, et fiabas mas en tus riquezas que non en Dios, et por esto fincaras aqui fata que te redimas, que asaz as de que». Condición social, económica y ética distinta a la de sus compañeros que Pedro Marín presenta como ejemplo, así como pone de relieve que los moros cautivos recibían trato semejante al de los cristianos en tierras granadinas.

La muerte del opresor como medio de escape se repetiría en variadas ocasiones, aunque los fracasos fueron los más, que no serían contados por

Pedro Martín. Fue así Domingo Muñoz, morador en la collación de San Ildonso, a la fuente de don Diego, en Jaén. Marchaba hacia Cárcel, castillo de los hijos de don Jofré de Loaysa con carta de su Concejo, cuando fue atrapado por Brahem. Comprado por cuatro doblas y media, vendido poco después en Almería, fue obligado a quebrantar rocas. Un día no lo pensó más, con el pico mató a su carcelero y tiró el cadáver en la noria en que trabajaba para que no fuera descubierto inmediatamente. Domingo y su compañero Benito, por la sierra de la Rambla y campo de Níjar, llegaron trece días más tarde a Tébar, castillo de la jurisdicción lorquina y después a esta villa.

Decisión semejante tomaron Pascual Pérez, Fernán Pérez y Juan Pérez, los tres vecinos de Jaén, quienes cautivados, trabajaban en Granada en la vendimia bajo vigilancia de un malintencionado tornadizo. Un descuido de éste y los tres «trabaron» al renegado y con su propio cuchillo lo degollaron al tiempo que le decían «come quantas quisieres desas fabas». Cruzando montes, tres días después llegaron a Lorca.

Más simple sería la aventura de Ruy Pérez, apresado cuando Gonzalo Ruiz Girón, maestre de Santiago y la mayor parte de sus caballeros fueron derrotados y muertos en la batalla de Moclín (1281). Los prisioneros, llevados a Granada y Ruy Pérez, comprendido entre los pertenecientes al quinto real de la presa, quedó bajo custodia de Ahmed, montero real. Cuatro años y medio de prisión hasta que pudo huir. Se desesperó ante el Genil con gran caudal y sin puente; rezó y milagrosamente apareció un puente por el que pudo pasar a la otra orilla. Por Cogollos llegó a Cazala, castillo de Jaén, quitándole los hierros su alcaide Domingo de Haro.

Domingo Pérez de Salvatierra moraba en Jaén y el Concejo le envió junto a Peribáñez de Soria, Pedro Camacho y Pedro Martín que fuesen el puerto de Pegalajar para atisbar si había alguna celada o si partidas de moros recorrían el término. Pudieron avistar a unos cuatrocientos jinetes que marchaban por el otro puerto, y cuando emprendían el regreso a todo correr para dar aviso de esta amenaza, en el mismo puerto estaba el almocadén Muhammad Abenhudiel con sesenta peones que les cortaron el camino y les apresaron mediados julio de 1285 y llevados a los Alcandiles. A Domingo lo compró el adalid Abraham y su mujer Haxa. Lo tuvieron durante dos meses en un pozo y malcomiendo a espera de cambiar de situación. Trabajaría durante seis años en diversos menesteres y siempre con la insistencia acompañada de azotes para que se redimiera. Le pedían veinte doblas, una aljuba de Stanford, una carga de higos, carga de sal y dos arrobas de aceite. Sin

duda, Haxa, su ama, era mujer previsora que miraba por su hogar. No tenía bienes y nadie atendía su demanda por medio del alfaqueque para que le ayudaran a su redención. Un sábado de septiembre de 1285 se encontró suelto tras la consiguiente claridad y voces y sin percance llegó al castillo de Pegalajar.

Y el último, que fue el primero: Sancho García, hijo de García Gutiérrez de Haçeves. Participó en una cabalgada, a lo que siguió el consiguiente tropiezo y cautiverio de dos años y medio. Un día se sintió libre de sus hierros y pudo huir aquella misma noche; tal que al amanecer se encontraba en tres leguas de Jaén y llegó incólume a su posada. Volvió a las andadas, se enroló en otra cabalgada y en el encuentro con una granadina la victoria fue para los giennenses. Entre los apresados se hallaba un hijo de quien le había tenido preso. Se le adjudicó y lo llevó a su casa de Jaén. Le ató las manos a la «çaga» y lo depositó en el establo con las bestias, y su desquite: «Come desto que y yace, que tu padre e tu quando me teniades cautivo esto me faciades». Tomada su corta venganza, lo vendería después en almoneda por ciento cincuenta maravedís. Cumplió su promesa y con la lanza que quitó al moro y las cadenas de su prisión marchó a Silos, a donde llegaría el 8 de mayo de 1278. Testifica Pedro Marín que la lanza y cadenas estaban «a los pies del Crucifijo que esta cabo el Coro».

ACAECIMIENTOS DE CUATRO UBETENSES

Aventurero, Aparicio de Úbeda encontró, en sus penetraciones armadas por territorio granadino, ingresos económicos que compensaban el peligro que arrostraba y que superaban en mucho cuanto pudiera obtener en las labores propias de la villa. Al frente de una hueste de más de veinte hombres, cuando se dirigían a la Calahorra, fueron sorprendidos por el arráez de Andárax, uno de los más duros contrincantes y con número muy superior de combatientes, lo que supuso la muerte de muchos y la prisión de otros. Aparicio, conocido su oficio de almocadén y con mayor vigilancia fue vendido a Brahem, hijo del arráez. Y quien había rehuido el arado, estuvo labrando tierra ajena durante dos años. Su albergue nocturno, un pozo que alcanzaba veinticuatro brazas, lo que superaba en mucho a otros semejantes con igual destino, era su descanso. Hasta que llegó el «milagro» y con doce compañeros pudo huir y llegar a Alcaudete.

No eran sólo los almocadenes los más expuestos a las acechanzas enemigas, porque el comercio también tenía sus inconvenientes cuando el viaje era largo, la distancia a recorrer grande y la frontera no quedaba lejana, pero

pese a la general incertidumbre, la línea recta resultaba la más corta para abreviar el viaje. Este fue el caso de García de Úbeda, vecino de la collación de Santo Domingo, quien marchaba con Terrón, de Ugejar hacia Lorca y cerca de su huerta fueron aprisionados por el almocadén Harax al frente de diez hombres. Vendido García por siete doblas a Abdallá, quien lo tuvo en su poder quince días y lo llevó a Almería esperanzado en obtener alguna ganancia con su venta. Lo adquirió Ahmed «el Berengen» por cinco doblas y un «çumel» de oro. Le asignaría un trabajo duro, como fue sacar agua con una noria de un poco que tenía ciento treinta sogas de profundidad para baños y casas. El esfuerzo continuo quebrantó su salud hasta negarse a seguir trabajando, lo que le supuso una tanda de golpes hasta dejarlo medio muerto y sin comida. Afortunadamente, su compañero Romero, compadecido, le daba por la noche la mitad del escaso pan que recibía. Hasta que llegó la noche de la «claridad» y la incitación a huir. Anduvieron aquella noche sólo tres leguas, porque los hierros les impedían paso más rápido. La noche siguiente desde las Cuevas recorrieron otro trecho, y así andando de noche, con obligado régimen de hierbas, pudieron llegar a Lorca al cabo de ocho días, cansados pero alegres porque era el fin de su cautiverio.

Más singular, pese a tres años y medio en prisión y con mejor suerte, fue lo ocurrido a Miguel Pérez de Úbeda en agosto de 1278. En unión de don Gil Ximeno, Domingo, don Lázaro, Ibáñez Blasco, Domingo Pérez, Marcos Pascual, Nuño García, don Esteban y otros siete más, salían de Úbeda con sus mulas camino de Quesada. Entre Úbeda y Peal de Becerro fueron sorprendidos por un hijo de Andon de Tíscar con su hueste de sesenta jinetes y doscientos peones. Llevados a Guadix, Miguel y cuatro más fueron entregados a «Fi de Capon», tío del adalid. Tres años y medio con todas las penalidades de la esclavitud, hasta que hizo amistad con María la Baldera, natural de Quesada, concubina del arráz que también lo sería de Miguel, porque según declaraba agradecido tiempo después «facial algunos placeres a furto». De ahí a que su solícita amiga le pasara dos limas ocultas en sendos panes fue el paso siguiente. Con paciencia y esperanza, las limas comenzaron a ser utilizadas noche tras noche. Aunque no hubo tiempo para todos. Vigilia de Todos lo Santos de 1285 pudieron escapar y salir por la puerta de Guadiana y llegar a Lacra tras cinco leguas de duro caminar; al día siguiente a Quesada, fin del viaje de Miguel Pérez, iniciado cinco años antes. Allí don Lorenzo y don Pedro quitaron los hierros a los que todavía no habían podido desembarazarse de ellos y les acompañaron a su regreso a Úbeda.

Un cuarto ubetense, Juan Sánchez de Úbeda, pudo contar en Silos las peripecias de su prisión y liberación. En Guadix, en poder de Alí, primo del

arráez, le hicieron labrar durante año y medio. Perspicaz, cuando encontró ocasión propicia supo aprovecharla. Un día le ordenó su amo que con Ahmed, su vigilante, se adelantaran para preparar la cena. El caballo de su amo a la vista y pese a la dificultad de sus pies aherrojados, no vaciló en montarlo y emprender sin prisas la huida. Confesaba más tarde, con cierta perplejidad, que encontró diversos moros en su camino y ninguno le preguntó: «¿do vas?». Llegó aquella noche a Torres de Alicún y Pedro Díaz de Quesada, adelantado de Cazorla, al tiempo que ordenó le sacaran los hierros de los pies, «porque eran paces tomol el caballo et embio a su señor». Costumbre de la frontera, conveniencia de mantener las paces o treguas para evitar represalias por el robo de un caballo, no así la huida de un esclavo, siempre aceptada, aunque cuando eran alcanzados el castigo era inevitable, pero sin muerte o lesiones que les impidiera trabajar, porque su valor en el mercado impedía excesos de violencia.

PERIPECIAS DE TRES BAEZANOS

El castigo permanente; la amenaza mañana y tarde que no cesaba; noches de insomnio y angustia; soledad, añoranza y recuerdos que se agolpaban de mejores días; el trabajo penosos y duradero sin el descanso apetecido; la imposibilidad de atender, aceptar las condiciones que le exigía para su redención mediante cantidades que no estaban a su alcance, todo fomentaba el deseo, la idea que llegara la muerte, que sus captores procurarían evitar para no perder prenda tan valiosa, o escapar como fuera.

Tal el caso de Yoannes Domingo, almocadén de Baeza. Sin más medios de vida que esta azarosa profesión, marchaba un día con doce compañeros de aventura hacia la sierra de Baza; entre ellos, Sancho, sobrino de Pedro Domínguez, «el harinero de Baeza», y fueron sorprendidos por Ochalviello, almocadén de Vélez Blanco, al frente de cuarenta hombres. Igual profesión, rivalidad entre quienes mantenía el mismo oficio y contrapuestos intereses, hizo cruento el enfrentamiento, pero al desequilibrio numérico daría lugar a que en la refriega, violenta y feroz, terminara con tres muertos y nueve heridos por parte granadina y seis muertos y seis apresados del lado baezano (5).

Cinco de ellos fueron llevados a Almería para su venta en almoneda pública. Yoannes Domingo, por su condición de almocadén, quedó en Gérgal, aherrojado, destinado a moler a brazo trigo, alheña y panizo, con descanso

(5) Con Yoannes Domingo, Juan García de Madrid, Gil de Ocaña, Ferrezuelo de Burgos, Gómez y Pedro Domínguez de Murviedro.

nocturno en un pozo de doce brazas de hondo y escasa alimentación de pan de panizo y escaña bermeja. Subastado más tarde en almoneda y adquirido por Ahmed el Alporchení, le tuvo rompiendo piedras y con insistentes azotes para que se redimiera mediante escrito con el alfaqueque a Baeza para que le abonaran su rescate. Su negativa a poseer bienes y creencia que nada harían por él en Baeza, le supuso ser aspado, brazos extendidos en cruz, atados por la espalda a una escalera. Allí estuvo nueve días soportando continuado salivazos en su cara y golpes que le recordaran que su única salida era redimirse.

Pudo soportarlo todo, aunque deseando llegara la muerte para salir de tal infortunio, pero sus verdugos cuidaban bien de perder tal capital empleado en su adquisición. Uno de sus sueños se iba a hacer realidad. Convencido el «Purchení» que no se redimiría, decidió su conservación y mejor trato. Un día le dijo que como nunca había salido de su casa, quería llevarlo con él a su huerta para trabajo más ligero. Le acompañaba su hijo Aliudo. Surgió entonces la esperanza, tal como para atreverse a decir a Ahmed: «Tu serias mi Dios se me sacases de aquí». Pero le puso a cavar en tanto él se fue a un cercano bancal de cebollas. Le llamó dos veces y cuando acudió le insultó diciéndole «perro hijo de perra» por no haber acudido a su primera llamada, amenazándole que a su vuelta le daría cuarenta azotes y volvería al trabajo anterior. Fue entonces, según declaraba meses más tarde, cuando oyó una voz que le decía que no dudara. Y por ello cuando Ahmed bajó a sus cebollas, con la azada, le golpeó en la cabeza. Escena presenciaba por su hijo Aiudo, cuyo alarido de terror fue su último grito, porque la azada volvió a matar. Regresó a donde había caído Ahmed y en la duda descargó hasta catorce golpes de azada sobre él. Envolvió ambos cuerpos con matas en el bancal y emprendió la huida por la sierra de Bacares adelante. Dos días sin comer ni beber, andando sólo de noche, le permitieron llegar a Maraçola, castillo templario y de allí a Alcaraz.

Contaba en Silos el año 1293, Ruy Pérez, caballero de Baeza, y aseveraba que fue hecho sonado y conocido en toda la frontera y que además fue presenciado por toda la población de Baeza desde las alturas de sus torre y murallas un milagro de Santo Domingo. Lo situaba en 1284 cuando la caballería mariní consiguió un botín de cien mil oveja, de las cuales doscientas sesenta eran de Santo Domingo. Nadie osó salir de la villa frente al poderoso ejército africano que se llevaba el ganado, cuando pudieron ver un perro de gran tamaño y muy negro que tras meterse entre las ovejas, las separó en cuatro partes y mordiéndolas y «acoxo las» de Santo Domingo y las llevó hasta las puertas de la villa, que abiertas, por ella entraron. Los jinetes marinés

persiguieron al perro con sus azagayas y espadas en mano, sin poder alcanzarlo. El perro, tal como había surgido, desapareció. En parte, este relato es testimonio fiel de las grandes presas de los mariníes y la impotencia castellana para hacerles frente.

Y el tercero, aunque no en discordia, fue Fernán Pérez de Baeza, yerno de doña María la pescadera. Sólo permaneció cautivo en Granada desde el 1 de abril de 1285 a 3 de febrero de 1286. No mencionaría cómo había sido cautivado, aunque sí que sus señores Ahmed Farax y Abdalla, éste renegado cristiano, le exigían que pidiese rescate que cifraban en diez doblas, tres aljubas de paño tinto, tres cintas de seda y dos cuchillos de Pamplona. Fernán no podría atender tales exigencias ni los «caprichos» de sus señores. Afortunadamente pudo escapar y llegar al castillo de Locubín, bastión de la orden de Calatrava, frente a Alcalá de Benzaide, donde halló la ayuda y consuelo que necesitaba.

ADVENIR DE DOS QUESADENSES

El protagonista, Gil de Quesada. Como todos los días, salía por hierba y no volvió porque lo llevaron a Guadix. Soportó como tantos otros amenazas y castigos para que pidiera ayuda económica a Quesada. Con mayor libertad de movimientos que otros por su carácter pacífico, le acompañaba como vigilante un joven granadino. Lo pensó y lo dijo: «Morenillo, irme quiero... ¿Do quieres ir?... A mi tierra». Dicho y hecho. Pasó sin estorbos por entre moros y se metió en la cerca al mismo tiempo que el morillo avisaba a su amo de las intenciones de Gil; movilizados los jinetes que salieron seguidamente en su busca, no pudieron encontrarle y otros moros que después le vieron no le prestaron atención, con lo que pudo volver pronto a Quesada.

Rodrigo de Sieteiglesias, natural de Medina del Campo, moraba en Collar, y con Domingo de Agreda salieron camino de Jaén y en la senda de lo alto del Pinarejo hicieron alto para descansar. Mal lo hicieron, porque pronto llegó allí Brahem con cinco hombres, suficientes para apresarlos. Vendido uno por veinticinco maravedíes y otro por veinte a Alfí Helcali, quien los metió en una alhóndiga con otros sesenta cristianos que elaboraban con esparto. Rodrigo sería vendido después a Hacim, moro herrero, por treinta y cinco maravedís. Tuvo que trabajar en la fragua durante veintidós meses y un día más, para escapar sin obstáculo alguno y llegar a Torres de Alicún tras doce leguas de camino. Sería recibido con alegría por Diego Alfonso, su alcaide, por el arzobispo de Toledo, señor de Cazorla.

EVENTUALIDAD DE UN MARTEÑO

La encomienda de Martos, con los castillos de la Orden de Calatrava, tenía en el sector giennense de la frontera de Granada (Locubín, Alcaudete, Zambra), no sólo tenía una misión defensiva, ojo avizor a la presencia de fuerzas enemigas, sino también informativa, por cuanto su vigilancia era obligada por la proximidad del campamento mariní de Abu Yusuf Yaqub, base de permanente amenaza. Por orden del comendador Romero Pérez, salía Fernán Ibáñez de Martos, que era almocadén de Jaén, con treinta y siete hombres para tomar «lengua» de las fuerzas mariníes desde el monte Abenzala. No tuvieron suerte, pues sorprendidos y sin posibilidad de retirarse, lucharon con muerte de veintisiete, cinco apresados y cinco que pudieron huir. Uno de los cautivados fue Juan de Martos, a quien ataron con cuerda cañamera las manos, tramoyo a la garganta y dos cuerdas a las piernas que le sujetaban a dos albardas. Pese a las ataduras tan fuertes durante tres días que «le salía la sangre por las uñas», pudo soltarse de manos y pies. Advertido del ruido, se despertó quien le había atado y teniendo la mano sobre él le encontró suelto, por lo que culpó a sus compañeros. Tras los consiguientes golpes, fue nuevamente atado y todos se echaron a dormir. Poco después volvió a sentirse liberado de sus ataduras, salió de la tienda de campaña en que se encontraban y comenzó a alejarse; apercibida su huida salieron tras él, y aunque intentaron cogerlo se les «escurría de las manos». Ocho leguas a todo andar le permitieron llegar a Torredonjimeno, «aldea de Martos».

MALANDANZA DE UNA LINARENSE

Un caso, de los muchos que se produjeron cuando eran mujeres y jóvenes las apresadas, fue el de Catalina, vecina de Linares, que Pedro Marín califica como aldea de Jaén. Había salido a vendimiar con doña María, María Gil, doña María Pérez y Marina, cuya distinción en el tratamiento más que diferenciación social parece responder más bien a razón de edad. Serían apresadas por Muhammad Aben Mencal, hermano del rey de Granada, con amplio acompañamiento de jinetes y peones, un día para recordar, el 1 de septiembre de 1280. Llevadas a Granada, Catalina pasó directamente a los aposentos que Muhammad tenía en el alcázar real. Cuatro años en una situación que Catalina no acababa de aceptar, tanto porque la consideraba pecaminosa como su negativa a cambiar de religión como otras muchas lo habían hecho; rezaba, ayunaba anhelando su libertad con promesas de no comer carne los miércoles y ayunar los sábados, así como ir descalza a Silos si Santo Domingo le ayudaba. Sería el 1 de julio de 1285 cuando en sueños

recibió el mensaje del santo: con su hijo menor y todos los cristianos que allí estaban, salieran porque tenían vía libre. Con ella doña María de Baeza, doña María de Soria, doña María de Jaén, Domingo Pérez de Baeza y Domingo Martínez de Jaén, tras seis leguas de marcha nocturna llegaban al amanecer a Cabra, castillo de Jaén (Cabra de Santa Cruz). Catalina, aunque perdió a su hijo mayor, pudo llevar al menor a Silos, donde fue bautizado con asistencia de todas los monjes.

INSEGURIDAD DE DOS SEGUREÑOS

Juan de Segura salió un día de su casa y se encaminó hacia Caçorra, castillo de Gallin Ximénez, y sería alcanzado por los almocadenes Brahem y Alpiquiz, al frente de cien hombres y tres jinetes. En Baeza fue vendido por ocho doblas y media a Algalan, quien tenía a su hijo Moçot cautivo en Segura. Sometido a los habituales malos tratos y trabajando en lo que le obligaban: labrar, hierro y estiércol, siempre encadenado, para evitar cualquier intento de fuga, porque su compra se había hecho precisamente para ser canjeado por Moçot, pero además exigía cuarenta varas de «Ipres». No tuvo contestación a su petición. Mediado el año 1285 creyó ver a Santo Domingo, quien «dixol a la oreia diestra» que estaba libre. Pudo salir por la puerta de Caniles que estaba abierta pero vigilada. Aquella noche recorrió cinco leguas y aunque ante él pudo ver a doscientos jinetes y cuatrocientos peones que marchaban a correr por las cercanías de Huéscar, a la vez que con galgos y podencos aprovechaba la caza, no le vieron. Felizmente pudo entrar en Castellón, castillo de la Orden de Santiago, de que era entonces comendador Juan Osoreo, pocos años más tarde Maestro de la Orden.

No fue lo mismo el caso de Simón. Con otros compañeros salían una mañana de 1281 de Segura camino de la frontera para «ganar algo». Vieron dos moros y salieron tras ellos, pero a sus gritos, «grandes voces», avisando la presencia de cristianos, acudieron granadinos en gran número, por lo que tuvieron que entregarse. Simón fue llevado a Guadix, donde hubo de moler a brazo y malos tratos. Al año y medio pudo escapar y llegar al castillo de «Abetmar... et conociol et alegrose mucho et fue por la villa».